

# II Encuentro Nacional por la Educación

**EDUCACION**

## **TRABAJO Y EMPRESA**



5, 6 y 7 de Mayo de 1994

**IPAE**

 **foro  
educativo**

**II Encuentro Nacional  
por la Educación**

**EDUCACIÓN:  
TRABAJO Y EMPRESA**

**5, 6 y 7 de Mayo de 1994**

## INDICE

### PRIMERA JORNADA

Jueves 5 de Mayo

#### SESION INAUGURAL

- Palabras a cargo del Vicepresidente de IPAE,  
señor *Alberto Sacio León* 11
- Palabras de Inauguración a cargo del Presidente  
de la Comisión de Educación del Congreso,  
*Rafael Rey Rey* 17

#### HORIZONTES PARA LA EDUCACION PERUANA

- Horizonte Científico, Tecnológico y de Desarrollo  
*Carlos Del Río* 25
- Horizonte Poblacional y de Empleo  
*Graciela Fernández Baca* 31
- Horizonte Económico - Productivo  
*Javier Abugattas* 39
- Debate Intrapanel 47
- Debate General 57

#### SESION DE LA TARDE

#### VINCULACION ENTRE EDUCACION Y TRABAJO

- ¿En qué sentido debe la educación  
formar para el trabajo?  
*Zvi Peled* 73
- ¿Qué rol cumple el trabajo en la formación  
del niño y del adolescente?  
*Alejandro Cussianovich* 83

#### EXPERIENCIAS INTERNACIONALES DE PLANES DE EDUCACION Y TRABAJO

- Brasil, México y Colombia  
*Pedro Daniel Weinberg* 95
- España  
*Antonio Rueda* 111

## SEGUNDA JORNADA

Viernes 6 de Mayo

### SESION DE LA MAÑANA

#### EXPERIENCIAS NACIONALES DE EDUCACION Y TRABAJO

— Sala 1	127
—IPAE - Guadalupe Méndez	135
—Movimiento Manuela Ramos - Gloria Díaz	141
—Centro Cultural Pedro Paulet - Armando Mejía	147
—Propuesta Programa Empleo y Juventud - Humberto Ortiz	159
— Debate General	
— Sala 2	173
—TECUSUP - Mario Rivera	179
—SENATI - Guillermo Salas	187
— Debate General	
— Sala 3	207
—Nariwalaq - Carmen Mendoza	213
—Arariwa - Rosario Valdeavellano	221
—Escuela Azul - Pablo Sánchez	229
—Abprisma - Diego Fernández-Concha	235
— Debate General	

#### ROL DEL ESTADO EN LA VINCULACION ENTRE EDUCACION Y TRABAJO

— Ministerio de Educación	251
<i>Maritza Guabloche</i>	257
<i>Laura Acosta</i>	
— Ministerio de Trabajo	267
<i>Luis Leyva</i>	273
— Debate General	

### SESION DE LA TARDE

#### EDUCACION SUPERIOR Y EMPRESA

— Educación Superior y Empresa - Diagnóstico	281
<i>Patricia de Arregui</i>	
— ¿Qué espera y qué ofrece la Educación Superior a la Empresa?	291
<i>Javier Sota</i>	
— ¿Qué espera y qué ofrece la Empresa a la Educación Superior?	299
<i>Juan Antonio Aguirre</i>	
— La Universidad como centro generador de empresas	307
<i>Walter Manrique</i>	
— La empresa como centro formador	313
<i>Gonzalo Galdos</i>	329
— Debate Intrapanel	

**TERCERA JORNADA**  
Sábado 7 de Mayo

**SESION DE LA MAÑANA**

**SOCIEDAD CIVIL Y ESTADO**

- Rol de la Sociedad Civil en el Desarrollo Educativo  
*León Trahtemberg* 345
- Síntesis de los Trabajos en Grupo  
*Carlos Amat y León* 359
- Debate General 365

**CLAUSURA**

- Discurso del Presidente de Foro Educativo,  
Rvdo. Padre *Ricardo Morales Basadre* 373

- LISTA DE PARTICIPANTES** 379

## EDUCACION SUPERIOR Y EMPRESA - DIAGNOSTICO

*Patricia de Arregui*

Buenas tardes señoras y señores. Es un privilegio para mí tener esta oportunidad de presentar e intercambiar algunas ideas sobre el tema para el cual nos han convocado hoy el Foro Educativo e IPAE. Más que un diagnóstico sobre las relaciones entre Universidad y Empresa (tal como lo anuncia el programa), voy a presentar algunas ideas sobre el mercado de trabajo técnico y profesional, por un lado, y la oferta y demanda de educación superior, por el otro. Creo que la percepción generalizada de que hay serios desajustes entre ambos mercados, sustenta la renovada importancia que hoy día se le está dando a este tema en el Perú; por tanto, la revisión de algunos datos básicos al respecto puede brindar un adecuado telón de fondo para las siguientes ponencias de esta sesión del Encuentro Nacional por la Educación.

En las sociedades contemporáneas, el sistema educativo cumple un papel crucial en el proceso de desarrollo. Constituye la base —no única, pero sí fundamental— que hace posible la evolución del conocimiento científico y tecnológico, y transforma a las personas en agentes capaces de desarrollar actividades productivas y socialmente valiosas. Al mismo tiempo, la educación viabiliza y estimula la movilidad social, pues permite al individuo mayores ingresos y beneficios, tales como mejores oportunidades de empleo, prestigio y reconocimiento personal. Con ello, y con la formación de capacidades para el ejercicio de la ciudadanía, suele contribuir a la construcción y consolidación de sociedades más democráticas.

En el Perú, sin embargo, el sistema educativo está siendo actualmente objeto de un severo cuestionamiento, por su supuesta incapacidad de satisfacer los requerimientos de la sociedad y la economía nacional. Específicamente en lo que concierne a la educación superior, hay una tendencia creciente a subrayar su incompetencia para generar una oferta adecuada de profesionales y técnicos.

La actualidad que ha cobrado este tema se debe en gran medida a dos factores. Por un lado, la evidencia de que el enorme crecimiento de la oferta de recursos humanos calificados durante las últimas décadas no ha reportado beneficios sustanciales en términos de desarrollo armónico del país, pese a la considerable inversión hecha en su formación. Por otro lado, existe una percepción generalizada de que hay graves desajustes, en términos de número, composición y características, entre la

oferta de recursos humanos calificados que produce el sistema educativo y la demanda efectiva que de ellos hace la economía.

Estos desajustes se estarían manifestando en un exceso relativo de profesionales y técnicos respecto a la capacidad de absorción del mercado de trabajo y, por lo tanto, en altos niveles de desempleo y subempleo de ellos; en un insatisfactorio nivel de conocimientos y en inadecuadas aptitudes de los egresados en su desempeño laboral; en el desencuentro entre la naturaleza y enfoque de la formación recibida y las funciones efectivamente desempeñadas por buena parte de los egresados; por último, en el aparentemente escaso impacto que ha tenido la inversión en capital humano calificado sobre el desarrollo y el crecimiento económico del país.

No obstante, no resulta claro dónde radican las causas de estos problemas. Algunos sostienen que el sistema de educación superior no está respondiendo a la demanda del mercado de trabajo, pues produce demasiados profesionales en las llamadas carreras "tradicionales" —cuya posibilidad de empleo estaría saturada— y en cambio produce muy pocos técnicos en ramas directamente vinculadas al proceso productivo —lo que supone afirmar que hay un déficit de éstos. La versión más simplista de este argumento achaca al "conservadurismo" del medio peruano, que induce a los estudiantes a seguir carreras "tradicionales", la responsabilidad de que la educación sea "anticuada". En concreto, lo que se afirma es que la oferta de educación superior se adecúa bastante bien a las distorsionadas preferencias de los demandantes de educación (los estudiantes y sus padres), siendo en cambio insensible a las señales que da el mercado de trabajo.

Según quienes suscriben el anterior enfoque, la sobreoferta resultante de profesionales "tradicionales" estaría llevando a que éstos se dediquen a ocupaciones de rango inferior, percibiendo bajos ingresos y, de ese modo, reduciendo crecientemente los retornos a la educación superior. Paralelamente, en los casos en los que hay escasez, la sociedad estaría empleando a "aficionados".

Un segundo enfoque, que no excluye al anterior, es el que incide en la calidad de la formación que recibe la mayoría de profesionales. Se sostiene que buena parte de éstos no están aptos para desempeñarse con eficiencia en aquello para lo cual se han capacitado. Es común escuchar argumentar que los profesionales que prepara el sistema educativo son demasiado "teóricos", faltos de práctica, carentes de una especialización "mercadeable", o al revés, excesiva y muy tempranamente especializados. Se dice también que los currículos y los sílabos de estudios son inadecuados y los docentes no están capacitados para su labor de enseñanza, al margen de si son o no buenos profesionales (cosa que en muchos campos resulta indispensable para asegurar una buena formación).

Como resultado, nuestros nuevos especialistas no estarían en la frontera del desarrollo tecnológico ni serían capaces de mantenerse actualizados o aprender cosas nuevas por sí solos. Tampoco sabrían adaptarse a las precarias condiciones del sector productivo nacional, o emprender la generación de su propio puesto de trabajo. Esta deficiencia en su formación haría que los empleadores marginen al profesional, le paguen un sueldo menor al esperable en condiciones normales, o le asignen tareas de un nivel inferior a aquellas para las cuales se preparó.

Casi como una reacción a este cuestionamiento, quienes han asumido la defensa del sistema de educación superior describen el problema

desde una perspectiva opuesta: es en realidad el aparato productivo el que no es capaz de absorber la oferta de profesionales. Hoy la economía peruana no estaría haciendo un uso óptimo de sus recursos humanos, en parte como resultado de la recesión crónica que la afecta desde hace décadas, pero sobre todo por características del sector empresarial (considerado cortoplacista, no competitivo, no innovativo, importador de tecnología) y de su estilo de propiedad y gestión, que no aprovecha el aporte potencial de los profesionales.

En todo caso, es claro que los anteriores enfoques sólo dan una visión parcial, y parcializada, de la problemática de la educación superior en el Perú y su contribución al proceso de desarrollo. La innegable crisis del sistema educativo peruano responde más bien a la compleja estructuración de esos factores con muchos otros, que van desde el colapso del modelo de desarrollo emprendido en el Perú a partir de los años cincuenta —con su prolongada secuela de depresión económica—, hasta los efectos del proceso migratorio a los centros urbanos y la ebullición de movimientos reivindicatorios de grandes grupos sociales, pasando por consideraciones idiosincrásicas y culturales.

Pese a sus evidentes limitaciones y a estar sustentados en información anecdótica o muy parcial, son aquellos enfoques los que dominan hoy la discusión sobre el problema de la educación superior. A esto se añade la frecuente intervención de un sector poco serio de la prensa, que respalda una u otra postura sin mayor discernimiento o análisis, lo que termina por desinformar a la opinión pública. Tales argumentos son empleados recurrentemente, buscando promover que el Estado limite o regule la oferta de formación profesional, o pretendiendo “probar”, en base a la situación del mercado de trabajo, el alto costo e ineficiencia del actual modelo económico.

Un primer paso para que la discusión sobre este problema se ubique en los términos justos, es determinar verazmente las dimensiones del desajuste. Las hipótesis que se manejan sobre los niveles de la oferta de profesionales, su adecuación a las necesidades del proceso de desarrollo, la situación de los profesionales y técnicos en el mercado laboral, la manera en que se ajustan la oferta y la demanda de educación, etcétera, gozan de la categoría de verdades casi inamovibles pese a carecer hasta hoy de sustento empírico serio. Por ello es imprescindible contrastarlas con información adecuadamente recopilada y procesada.

La tarea de reunir evidencia necesaria sobre ésta y otras cuestiones claves del desarrollo de la educación en el Perú ha sido emprendida desde hace algún tiempo por investigadores de GRADE, que han venido realizado una serie de estudios al respecto. Voy a resumir aquí algunos de sus resultados más pertinentes. Específicamente, los temas a los que me referiré son el acceso a la educación superior, la expansión y diversificación de su oferta, la distribución por especialidades y la eficiencia externa del sistema —esto es, cuál es el destino laboral de sus egresados—. Estos temas, junto con los problemas del financiamiento de la educación superior, son el trasfondo contra el cual han emergido los actuales consensos respecto a la necesidad perentoria de acercar más a la universidad y la empresa.

En el Perú, como en muchos otros países del Tercer Mundo, la segunda mitad de este siglo ha sido escenario de una expansión sin precedentes del acceso a la educación superior. Mientras que en 1940 menos de uno de cada cien peruanos mayores de 15 años había alcanzado algún



nivel de educación superior, en 1991 —según datos recogidos por la Encuesta Nacional Demográfica y de Salud Familiar realizada por el Instituto Nacional de Estadística— más de un tercio de la población adulta joven (entre los 20 y los 34 años de edad) había alcanzado niveles educativos superiores. Esta mayor cobertura formal, si bien no garantiza un acceso real al conocimiento de todos los involucrados, ciertamente expande las posibilidades de lograrlo para, al menos, una parte de ellos.

Las 52 universidades existentes ofrecen alrededor de 600 programas en más de cien especialidades de diferente nomenclatura. ¿Hasta qué punto esta diversificación es real y responde a reales alternativas de desempeño ocupacional y a necesidades reales del aparato productivo o de gestión social? ¿Se trata más bien de estrategias de mercadeo para reclutar estudiantes, sin diferenciar el contenido y orientación de la carrera? Al parecer, buena parte de la diversificación curricular no es más que un simple maquillaje de programas bastante tradicionales, realizado para justificar el crecimiento de las plazas docentes de una facultad o en respuesta a presiones de profesores jóvenes que no logran que el currículum medular de la carrera se modernice. En todo caso, cerca de la mitad de los programas ofrecidos se concentran en apenas diez especialidades, y la mitad de los estudiantes están matriculados en apenas siete carreras diferentes.

Por otro lado, en los más de 400 institutos superiores tecnológicos existentes las carreras ofrecidas superan el medio centenar. Estas están, al menos nominalmente y hasta hace poco, algo más claramente diferenciadas unas de otras que las carreras universitarias; sin embargo, el surgimiento reciente de llamativas especialidades, como aquella de la “comunisuasión”, parece augurar que se repetirá el desdoblamiento marketero observado en las universidades.

Como ya mencioné, una de las críticas más frecuentes que se hace a las universidades peruanas en general es su concentración en la oferta de profesiones “tradicionales” de corte humanista y de “escaso o hasta negativo impacto sobre la producción y el crecimiento”. Se critica la preponderancia de las artes, letras y humanidades sobre aquellos saberes de supuestamente mayor impacto en el desarrollo, como serían las ciencias e ingenierías. Se lamenta la preferencia por las carreras vinculadas a las “actividades de influencia”, como las llaman los economistas, en desmedro de las “actividades productivas”.

Sorprendentemente, una revisión de la información disponible revela que en el Perú las ingenierías, las ciencias naturales y exactas y las carreras agropecuarias dan cuenta de 31% de la matrícula, cifra que supera los promedios de todos los continentes —a excepción de Europa, que registra una tasa de 35%—. En América Latina, de doce países para los cuales hay datos disponibles para fechas cercanas a 1988, sólo en Chile y Argentina es mayor la proporción de estudiantes dedicados a esas áreas en conjunto. De los países asiáticos industrializados, Japón tiene sólo 23% de su matrícula en esas tres áreas e Indonesia 21%, mientras que Corea tiene 36% y Taiwán 35%.

Sin embargo, debe reconocerse que si se compara la distribución de los graduados por áreas de conocimiento en el Perú con la de los países desarrollados, se percibe que aunque las ingenierías cubren un porcentaje “razonable” de la oferta de profesionales (21%), hay una gran escasez de graduados en ciencias (que son apenas 2% del total). Incluso en América Latina, casi ningún otro país tiene una proporción de gradua-

dos en ciencias exactas y naturales menor que la peruana. Esa escasez de científicos podría condenarnos a convertirnos en el mejor de los casos en buenos adaptadores o seleccionadores de tecnología, pero no en generadores de ella.

En cualquier caso, nuestra distribución no difiere dramáticamente de la observada, por ejemplo, en Japón. Por ello, parece poco acertado pensar que la composición de la oferta de profesionales sea el principal problema en el Perú; más adecuado parece ser preocuparse por los contenidos y calidad de la formación recibida, que no estarían permitiendo una fácil incorporación de los graduados al mercado de trabajo. También queda abierta la cuestión de si hay un exceso de profesionales tan grande que el destino laboral, los ingresos y los niveles de empleo de los egresados no pueden sino ser desastrosos.

Esta última es una interrogante que en nuestro medio ha dado lugar a una serie de mitos. Las imágenes del abogado taxista, el médico vendedor de remedios o el maestro de la Orquesta Sinfónica que vende lapiceros en las calles céntricas han pasado ya a formar parte del folklore nacional —y de lo que sentimos como nuestra tragedia también—. Hace poco se dijo en un importante foro que de cada mil peruanos que inician sus estudios primarios, sólo trescientos terminan la secundaria, setenta ingresan a la universidad, treinta la terminan y sólo tres ejercen la ocupación para la cual se prepararon; este argumento ya se está repitiendo con frecuencia especialmente en los medios de prensa y merece ser revisado cuidadosamente.

Diversas encuestas nacionales realizadas en los últimos años y una serie de estudios parciales sugieren que la situación es menos dramática. Como dije anteriormente, un tercio de los adultos jóvenes de todo el país (digamos 330 de cada mil) tendría ya alguna educación superior. Suponiendo que se mantienen las tasas de graduación actuales, que estudios recientes colocan alrededor de 35% tanto para universidades como para IST (proporción que seguramente va a aumentar para la actual generación de estudiantes, pues ya no se requiere la tesis de bachillerato), se tendría que de mil que empiezan la escuela, 110 adquieren una profesión. En GRADE hemos estimado, en base a otras encuestas de hogares y suponiendo pesimistamente que la deplorable situación del mercado de trabajo no se altera, que de esos 110, diez no encuentran trabajo, cuarenta ejercen su profesión y otros diez se dedican a otra ocupación pero de nivel equivalente a la formación recibida. Los otros cincuenta, o bien se dan el lujo de permanecer voluntaria o involuntariamente inactivos, o se ocupan en otras áreas, terrenos en los cuales les suele ir mejor que a aquellos que no recibieron mayor formación o capacitación para el trabajo (ocupaciones que con frecuencia implican una incursión en la actividad empresarial).

Por otra parte, es evidente que ni todos los taxistas de Lima son profesionales fracasados, ni más de una mínima parte de todos los profesionales se dedican a choferes o vendedores ambulantes. Se ha podido determinar que solamente 2% de los que tienen alguna educación superior en Lima tienen como ocupación principal o secundaria la conducción de vehículos. Y si se dedican a esas actividades, lo más probable es que ganen el doble que sus colegas menos educados (con el consiguiente desplazamiento de los menos educados de los escasos reductos que les quedan, lo que ya es otro tipo de problema, no menos serio).

Algo que valdría la pena explorar con mayor detenimiento es si el pa-

so masivo por la educación superior resulta, como se suele afirmar, demasiado costoso tanto en términos privados como en términos sociales, dado el tipo de demanda que hay en el mercado laboral. En términos estrictamente económicos, el bajo costo relativo de la educación peruana en todos sus niveles, el decreciente volumen de recursos que se le dedican, y el bajísimo costo de oportunidad del tiempo invertido en educarse (dada la escasa probabilidad de encontrar empleo) sugieren que quizás el aparente "desperdicio" no lo sea tanto y que las decisiones privadas de invertir en educación no sean tan irracionales como se piensa. En términos de una evaluación social, las expectativas insatisfechas y la frustración de los sueños de logro profesional quizás no son más terribles que la falta de sueños, la satisfacción con la rutina y con el status quo de quienes prefieren una sociedad donde las oportunidades de acceder a niveles educativos más altos se definen "racionalmente" ya desde la adolescencia.

Quizás convenga aquí reiterar que compartimos la idea de que los fines de la universidad son múltiples. Esos fines van desde la transmisión de conocimiento científico, tecnológico, humanístico y artístico, hasta la generación de conocimiento nuevo a través de la investigación, parte de la cual debe ser difundida para su aprovechamiento por el aparato productivo y parte de la cual puede ser perfectamente "inútil", excepto para crear belleza y expandir más allá de sus actuales límites el potencial humano en todas sus facetas. Es obligación principalísima de la universidad formar conciencia crítica y capacidad de liderazgo para el cambio; crear y formar, en fin, mejores ciudadanos y mejor país.

Estoy convencida, sin embargo, de que en los próximos años la legitimación social de la universidad, de la educación superior, pasa por demostrar que su labor es útil en términos de ayudar a los jóvenes a insertarse en el mercado de trabajo. Y esto resulta comprensible y aceptable, dado que la civilización del ocio no parece estar entre las opciones deseables —mucho menos entre las viables— para el futuro del pueblo peruano.

Al respecto, es importante señalar que a las personas con educación superior completa, particularmente a los universitarios, por lo general les va mejor en lo que a empleo e ingresos se refiere. Ello es así incluso cuando se controla por diferencias de género, de edad y de origen socioeconómico. Lo demuestran los sofisticados estudios que ha realizado el Banco Mundial en los últimos años en base a las encuestas del INEI, y lo comprueban algunas exploraciones estadísticas realizadas en GRADE.

Concretamente, se ha comprobado que a lo largo del accidentado periodo 1981-1991, las personas con educación superior completa tuvieron mucho mayores niveles de actividad económica que aquellos con sólo secundaria completa o que el promedio general de la población. Sus niveles de desempleo, salvo en 1991, fueron mucho menores que los de los otros dos grupos. Además, la proporción de ellos en ocupaciones de su nivel (esto es, ocupados como profesional, técnico calificado o personal directivo) fue bastante más elevada que la de los otros grupos, pese a la caída registrada a lo largo del periodo (que refleja principalmente la "desprofesionalización" de la carrera docente y la reducción del empleo público). Ciertamente es, sin embargo, que poco es lo que se sabe sobre las reales funciones desempeñadas por quienes ocupaban esos cargos y si realmente requerirían las calificaciones supuestamente adquiridas (tema que debe ser materia de estudio).

Por último, cabe resaltar que, pese a la descomunal caída de los ingresos reales de la población ocupada experimentada a lo largo de las últimas dos décadas, y pese a la disminución de las brechas salariales en lo que a categorías educacionales se refiere (se ha dado una redistribución hacia la pobreza, y los profesionales estarían percibiendo ingresos promedio equivalentes a apenas la décima parte de lo percibido a comienzos de los setenta), los diferenciales promedio aún arrojan ventajas para los más educados. Los ingresos de quienes terminaron la universidad, por ejemplo, fácilmente duplican los de quienes sólo completaron la secundaria.

Algo que también es claro es que tener alguna educación superior y no completarla no da generalmente mayores —si alguna— ventajas que la secundaria en lo que a ingresos y empleo se refiere. En este caso, la formación superior inconclusa si representaría, en cierto sentido, una forma de desperdicio.

Los datos recogidos anualmente por el Ministerio de Trabajo permiten evaluar el nivel de concordancia entre la formación para el trabajo y la ocupación desempeñada por la población ocupada de Lima Metropolitana. Según dicha fuente, la mitad de las personas con formación superior y que tienen empleo, están ocupadas en el mismo campo para el cual se prepararon o en algo que realmente requiere una educación de ese nivel (aunque no sea en el mismo campo). Sin embargo, esto varía enormemente de acuerdo a las carreras y al interior de ellas, reflejando que podría haber cierta saturación en algunos terrenos y, muy probablemente, que hay una gran dispersión resultante de los distintos grados de calidad de la formación recibida o de una segmentación del mercado de trabajo, acompañada también por una segmentación del mercado educativo.

Con todo esto, parece exagerada la gran preocupación existente por los aparentes desajustes cuantitativos entre la oferta y demanda de profesionales y por el aparente ajuste cuasiperfecto entre la demanda —pobremente informada y orientada— y la oferta educativa. La información revisada no confirma la recurrida imagen de insensatez o irracionalidad en la asignación de inversión social o privada en educación superior.

Todo esto no significa de manera alguna abogar porque sea únicamente el mercado de trabajo, tal cual hoy opera en nuestro país, el que determine el rumbo que para su desarrollo deben seguir las instituciones de educación superior. Al parecer, no es posible ni conveniente restringir la expansión del sistema educativo u orientarlo en direcciones centralmente planificadas; por ello, antes que procurar controlar la proliferación de instituciones, debemos abocarnos a producir y diseminar información sobre ellas que oriente mejor las decisiones públicas y privadas. Sobre todo, debemos diseñar y aplicar mecanismos eficaces de acreditación y evaluación, tanto internos como externos, que sirvan para estimular mayores niveles de calidad y pertinencia de la formación que brindan tales instituciones. La autonomía universitaria, que hay que defender vigorosamente, no implica que no haya que rendir cuentas, mostrando resultados, ante la sociedad.

Una de las maneras para que esos resultados sean favorables es propiciando una mayor y mejor interacción e integración entre la educación superior y las empresas. Me parece que las ideas hasta aquí expuestas pueden servir de marco para pasar a considerar qué es lo que le ofrece y qué es lo que espera cada uno de estos sectores del otro.